



ALEXANDRE
GALIEN

**PÁJAROS
NOCTURNOS**

Cuando el comandante de policía Philippe Valmy, después de dos décadas en el departamento de delitos sexuales, pide el traslado a la brigada criminal, pretende dejar atrás un trabajo que le obliga a frecuentar los peores antros y a pasar las noches fuera de casa, en un último intento, además, de salvar su matrimonio. Sin embargo, el primer caso de homicidio del que tiene que ocuparse le descubre que su propósito ha sido en vano: la víctima es una de sus antiguas confidentes. Valmy se ve de nuevo sumergido en el París de la noche, ese que sobrevuelan los pájaros negros del crimen y del mal.

Índice de contenido

Cubierta

Pájaros nocturnos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi padre, a Marie
y a todos los pájaros nocturnos*

Es durante la noche cuando resulta
hermoso creer en la luz.

EDMOND ROSTAND,
Chantecler, acto II, escena 3

21 de noviembre de 2018, 20.02 horas

Este hospital abandonado me acojona. Solo oigo el resonar de mis pasos en el suelo. No existe nada más a mi alrededor. He dejado atrás a mis compañeros y corro cada vez más rápido en el frío del sanatorio de Ardrcourt. La noche es oscura. La luz pálida de los escasos fluorescentes que todavía funcionan es la única que me permite ver dónde pongo los pies. Solo tengo una idea en mente. Salvarla. Cueste lo que cueste. Resbalo y estoy a punto de caerme. Maldito traje. Tengo cincuenta años, mi cuerpo se cansa. Sujeto el arma con fuerza. Con tanta que me da la impresión de que las palabras Sig Pro se me van a quedar grabadas en la mano. El tintineo de las esposas en el bolsillo de la chaqueta. Ponérselas a ese cabrón. Acelero. El pulso me late en la sien cada vez con mayor intensidad. Los latidos del corazón me resuenan en los tímpanos. Se me forma espuma en los labios. Noto las gotas de sudor bajo la camisa. A pesar del frío de noviembre, la chaqueta me da demasiado calor. No puedo tirarla. Debo quedármela. Para salvarla. Tendré que cubrirla con ella para sacarla de aquí. Me detengo. Se oye a lo lejos un ruido metálico. Cuanto más avanzo, mayor es el odio que me corroee las entrañas. Durante unos segundos pienso que no harán falta las esposas. Un error. Uno solo, en una carrera impecable. Después de todo, ¿qué tengo que perder? Me he dejado engañar desde el principio de la investigación. Me embarga una inmensa ira en lo más profundo del alma. Cuando el ruido se acerca lo reconozco un poco mejor. Son cadenas. El ritual ya ha empezado. Corro más de-

prisa aún. Cada músculo de mi cuerpo es una fuente de dolor indescriptible. Acallo a mi cerebro, que me ordena que pare. Siento punzadas en el brazo izquierdo. Como si una barra me atravesara el pecho. El ruido se aproxima. Estoy muy cerca. Oigo las sirenas de los refuerzos a lo lejos. Ya no estoy solo. La realidad me atrapa. Es ahora o nunca. No tendré una segunda oportunidad. Vuelvo a acelerar. El ruido se oye con claridad. A mi derecha hay una puerta. Por el marco se cuela un rayo de luz. Al otro lado está ella, a merced de un sádico. Me coloco frente a la entrada, empuño el arma y abro de una patada.

1

Un mes y medio antes
6 de octubre de 2018, 20.00 horas

Con la mirada nublada por la emoción, Philippe Valmy deja caer una lágrima que se sumerge en su copa de whisky. Canoso y de ojos azules, es un rostro conocido por todo el París de los clubs de intercambio de parejas, las discotecas de *striptease*, los restaurantes de moda y las salas de baile. Hace veinte años que ronda las discotecas parisinas junto a Louis, su compañero de equipo.

No ha sido consciente de estar envejeciendo. Como comandante de la Brigada de Represión del Proxenetismo, grupo Cabarets, gestiona de forma oficial los permisos administrativos de los establecimientos nocturnos. Pero su verdadera misión es la de «tomar la temperatura» de la noche parisina. Saber dónde se encuentran la farándula del espectáculo, el crimen organizado y, a veces, los policías. Conoce a todos, y todos lo conocen a él. Es su trabajo. Era su trabajo: reunir información, escuchar lo que se dice entre dos puertas o dos sofás de un club liberal.

Hoy es su fiesta de despedida. Deja el mundo de la noche y se incorpora a la Brigada Criminal. Se lo ha pedido su mujer, Élodie. Las vueltas nocturnas no solo agotan a los policías. Las lentejuelas serán sustituidas por gotas de sangre, las discotecas, por escenas del crimen y los vasos vacíos en un rincón de la barra se convertirán en interminables autopsias. Poder cambiar de trabajo a los cincuenta años es algo que solo ocurre en la policía.

Tras el largo discurso de su jefe de servicio, Philippe ha inaugurado el bufé y ha servido las primeras copas de champán a sus amigos, a sus compañeros, a todos aquellos con los que se ha cruzado y a quienes ha querido durante veinte años en la Policía Judicial parisina. En los locales recién estrenados del Bastion, que sustituye al número 36 del quai des Orfèvres, a lo largo del pasillo se extienden largas mesas repletas de frutos secos y embutido. Se oyen risas, algún que otro glotón monta guardia junto a los sándwiches, y él, la estrella de la fiesta, se encuentra solo al final del pasillo, llorando como un niño con una copa de Jack Daniel's.

—Joder, no han tenido ni el buen gusto de comprar una botella de malta puro.

Louis aparece frente a él, con la barriga asomando de un traje de mal corte y una camisa blanca adornada con sus eternos tirantes rojos. Lo mira con sus grandes ojos tristes.

—No lloriquees, Philippe. No vamos a pelearnos con la asociación porque no hayan conseguido demasiado dinero este año.

—Tienes razón, y de todas formas esta noche todo me sabe asqueroso.

—¿No te parece algo exagerado?

—Un poco... Pero uno solo se despide una vez.

—Es verdad. No se dan dos ocasiones para causar una última impresión.

Ambos policías miran por el rabillo del ojo el paté al horno, eterno superviviente de las fiestas de despedida. Reviven las noches que han pasado rondando por la capital montados en el coche oficial, cuando París desfila como una película que uno se sabe de memoria, pero de la que cada vez espera un final diferente. Y luego no es así. Una chica con un coma en una cuneta, dos borrachos que se pegan una paliza a la sombra de una calle maloliente, a

veces un tiroteo... Todas las noches son parecidas, y sin embargo ellos nunca se han cansado.

Es medianoche, el bufé está vacío, los cadáveres de botellas se amontonan en las mesas. Ya se han ido todos, o casi. Solo quedan los amigos, los de verdad. Aquellos en cuyo hombro uno puede desmoronarse de vez en cuando. Son los últimos minutos de Philippe en el servicio. Sus amigos no se plantean dejarlo marchar sin una última vuelta a la pista.

Así es como acaban cinco viejos policías apretujados en un Ford Focus gran reserva camino del centro de París, su coto de caza. Una vez fuera del edificio, el vehículo de incógnito zigzaguea entre la maquinaria de obra hasta la Porte de Clichy. En los bulevares de Maréchaux, la claridad lívida de las farolas se mezcla con los llamativos neones de los kebabs y los locales de cachimbas. Cambio de escena. En el barrio de la Ópera, los edificios resplandecen, el alumbrado público es vistoso y los escaparates de las tiendas acarician el iris de Philippe con sus luces sutiles. Pienso en la magia del París nocturno, donde en un minuto de viaje en coche se puede pasar de los drogadictos de la plaza de Clichy a las parejas pijas que pasean por los Grands Boulevards.

A las tres de la madrugada, Philippe y sus compañeros se despiden con firmes abrazos en la acera tras haber completado la ronda de los búhos. Louis, por su parte, contiene las lágrimas y se va el último, echando apenas un vistazo a su compañero.

Solo frente a un escaparate, Philippe observa su reflejo: metro noventa y tres, figura espigada, pelo canoso, media melena y barba del mismo color. Con ese traje gris parece un actor de los años cincuenta. Reemprende la ruta sin saber muy bien adónde va. Lo que sí sabe es que le queda por ver a una persona, una última despedida. Dirección el Boudoir, el club de intercambio de parejas más selecto de la capital.

Tras recorrer los callejones del barrio de Sainte-Anne, llega a la esquina de la rue Vivienne. Delante de una fachada sin ningún tipo de inscripción, se extiende una cola de espera de unos veinte metros. Parejas de todas las edades aguardan tímidamente para pasar ante el portero. Philippe percibe la conversación entre un cincuentón de barriga prominente y una joven de ojos tristes. El viejo *gentleman* trata de negociar lo que para él parece ser el precio de una noche de éxito. Reconoce a Cynthia. No le dirige ni la más mínima mirada. Se acabó el mundo nocturno. Seguramente nunca vuelva a poner un pie aquí. Cuando llega, el gorila le da un apretón de manos y le abre la puerta sin hacer ninguna pregunta, gesto que no se le ha escapado al putero, que hace un comentario fuera de lugar. El policía no entrará al trapo esta noche. La atractiva escort cobrará la misma tarifa y se irá con él a su hotel para el último acto de la triste farsa que se representa a menudo entre una chica perdida y un prejubilado libidinoso.

Ya dentro del club, Philippe se dirige lentamente al bar. La música electropop suena a un volumen mucho menor que en el resto de los locales parisinos. La decoración oscura y depurada habla por sí misma. Tras la barra está Max, su amigo desde hace diez años, alto y siempre impecable, calvo y con espalda de deportista.

—¿La policía buscando respuestas en el alcohol? ¿No te parece un poco cliché?

—Lo siento, Max, pero no estoy de humor para que me toquen las narices...

—¿Estás jodido?

—En realidad, no, pero estoy de ronda de despedida...

—¿Y eso?

—Dejo el servicio, empiezo en la Criminal el lunes por la mañana.

—¿En la Criminal? Pero si te encanta la noche, me lo has dicho siempre...

—Lo sé, digamos que lo hago por Élodie...

–Ya... ¿Y está contenta?

–Esto ayudará.

–¿A qué?

–Se lo voy a decir, Max.

–¿Estás seguro?

–Tiene derecho a saberlo. Llevo años mintiéndole.

–Supongo que por eso no estás todavía en casa.

–Entre otras cosas... También quería despedirme de ti.

–Deja de cachondearte de mí. Venga, espera al cierre, puedes dormir en una de las camas...

–No, gracias, tengo que volver. Ponme otra y me voy.

–Como quieras.

–Debo acostumbrarme.

–Ya nos tomaremos una para celebrarlo.

Philippe Valmy vacía su copa de whisky y en su rostro aparece una sonrisa triste.

–Max, sabes de sobra que eso no va a pasar.

–Lo sé... Hasta siempre, madero.

–Y déjate de frases peliculeras. Que tienes treinta y cinco años, coño.

Philippe sale del bar y conduce hasta su casa. Mientras atraviesa los Grands Boulevards lanza una mirada divertida al gentío noctámbulo. Un tipo se ha quedado dormido en una moto y un grupo de ingleses con camisetas de rugby cantan, sin mucho oído, una canción subida de tono. Al doblar la calle, una pareja de enamorados en plena discusión le recuerda que Élodie estará dormida al otro lado de su cama. Acelera. Tiene que decírselo cuanto antes y, lo más importante, encontrar en ella un apoyo.

En el portal, se equivoca de código tres o cuatro veces. Se da cuenta de que las copas de la noche han tenido cierto efecto. Ya en el rellano, se le encoge el estómago. Va a tener que confesarle todo.

*5 de noviembre de 2018, 23.55 horas
4 horas y 5 minutos antes del descubrimiento del cadáver*

Los espasmos sacuden su cuerpo, la habitación del hotel está manchada de sangre. No sé cómo ni por qué. Estoy solo ante su sufrimiento. El pánico va dejando paso a un sentimiento raro, difuso. Fascinación mezclada con excitación. Observo a la chica morirse lentamente. La herida que se extiende de un extremo a otro de su cuello le dibuja una extraña sonrisa. Tengo que acortar su sufrimiento. Rematarla. Ahora. Una fuerza me impide actuar. Sonrío. Por fin he podido deshacerme del peso que lleva tantos años oprimiéndome el pecho. Me miro en el espejo de la habitación y me veo diferente. Me brillan los ojos, ya no tiemblo. La chica agoniza a un metro de mí. Estoy inmerso en una especie de trance.

Una serie de putadas. Eso es lo que me ha traído aquí, a esta habitación palaciega. La ley de Murphy ha sacado lo peor de mí. Un último temblor. La vida ha abandonado su cuerpo. Es el momento. Me acerco a ella, a ese envoltorio carnal recién desprovisto de alma. Hay un charco de sangre a su alrededor. Mierda, las manos... En cuestión de un segundo he estado a punto de ponerme en riesgo. No debo dejar ADN, huellas... Saco un par de guantes de látex de mi mochila. Por suerte, lo tenía todo pensado. En mi trabajo hay que tener siempre todo previsto. La vuelvo a mirar. Sus ojos sin vida están abiertos de par en par. Es guapa. Una bola de fuego asciende de mi vientre, me encuentro bien. Empuño el cuchillo con la mano derecha y comienzo. Me siento poderoso, más que nunca. Todos los